

de la Capilla después de leído el primer punto de meditación, porque no sé si al conmovirme por primera vez se produjo en mí el cimiento sólido sobre que des-

tas,— *Si Tú me dejas,—Humildes quejas—
A presentar.* » — No pude más ; canté con todas:

Corazón santo,



II

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

ADIVINO el efecto que te ha producido mi carta anterior, y estoy segura de que deseas pase pronto el tiempo que hemos de estar separadas para que de viva voz te cuente cuanto me ha ocurrido. Entretanto no resisto á la idea de escribirte, continuando la relación detallada que quiero hacerte de mi época de Ejercicios, para satisfacer los deseos de mi alma. Como estoy segura de no cansarte, porque debe interesarte mi narración, ni siquiera te pido anticipada disculpa por lo prolijo de mis cartas. ¡Ojalá que no fue-

de la Capilla después de leído el primer punto de meditación, porque no sé si al conmovirme por primera vez se produjo en mí el cimiento sólido sobre que des-

ra mi inteligencia tan escasa! pues si fuera tan privilegiada como necesitaría serlo para tocar con acierto este asunto, haría que lo que te escribo con la pluma fuera digno del pincel de un Miguel Angel, para trasladarlo á un excelente cuadro.

Sigo mi narración. Las primeras estrofas del himno al Sagrado Corazón de Jesús, si bien es cierto que me conmovieron, no fué tanto que me hicieran responder, cantando con el coro que formaban todas las ejercitantes. Sin embargo, á medida que íbamos avanzando hacia el altar principal de la capilla, me daban más deseos de cantar y también con todas las demás; pero ¿por qué no decirlo? había calificado yo tantas veces tan mal á los motetes en la iglesia, que me dominaba el amor propio y permanecía callada. Al arrodillarse el Padre Director, que cantaba las estrofas con dos de las ejercitantes, percibí ésta, que me estremeció: «*Vengo á tus plan-*

tas,—*Si Tú me dejas,—Humildes quejas—
A presentar.*» — No pude más; canté con todas:

Corazón santo,
Tú reinarás,
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

Me sentí mejor dispuesta; fijé mis ojos en la bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y me pareció que su dulce mirada penetraba hasta el fondo de mi alma.... Quise llorar, pero me contuve: la lucha con mi amor propio aún no había terminado....

El Padre Director rezó la Letanía de los Santos. Muchas veces había rezado yo con mi madre y mis hermanas la misma Letanía; pero seguro que lo había hecho sólo automáticamente. En esta vez me pareció toda nueva, toda solemne, y el *ruega por nosotros, el líbranos, Señor, el te rogamos, óyenos, el óyenos, Señor*, los respondía yo con un afecto y una atención tal, que me hacían desconocerme.

impropio para asistir al santo Sacrificio, que me he acostumbrado á oír los domingos á las ocho en Catedral, y uno que otro día entre semana, á las nueve, allí mismo. Pero para asistir á este di-

; Ah! querida Julia, qué distinto es rezar con el corazón, á pronunciar palabras maquinalmente con la boca.

Terminada la Letanía volvió á ser leído el mismo punto de meditación que había preparado mi ánimo en la noche. No quiero ser cansada en minuciosos detalles, aunque quisiera decirte, sin perder un ápice, cómo se fué abriendo mi corazón á la divina gracia.

Cada vez iba siendo más viva la impresión que sentía con la palabra divina que por primera vez caía en mi corazón como lluvia del cielo. Me acordé, al ponerme de rodillas para meditar, de estos preciosos conceptos que una vez leí no recuerdo dónde:

«La palabra humana, á menudo vacía, no expresa más que una verdad trivial, imperfecta, que la ignorancia estrecha, que el error algunas veces desfigura y que la pasión exagera. Raras veces se anima con el fuego del espíritu: de aquí su impotencia y su debilidad.

que me dominaba el amor propio y permanecía callada. Al arrodillarse el Padre Director, que cantaba las estrofas con dos de las ejercitantes, percibí ésta, que me estremeció: «Vengo á tus plan-

La poca vida que ella contiene se agota pronto, como el pensamiento anhelante y la virtud tímida en que ella se inspira. Las más llenas, las más vibrantes no franquean los límites de un pueblo ó de un siglo; más allá mueren, semejantes á esos granos delicados que no germinan sino en algunos surcos.

«La palabra divina encarna el pensamiento y la virtud de Dios. Ella es espíritu y vida; ella tiene el origen supremo, el relieve y el brillo, la fuerza y la oportunidad; ella corta y hiere como la espada; ella tiene la punta y el doble filo; ella centellea la inspiración de la plenitud de Dios vivo, y trae con ella á Dios vivo».....

«Señor, dame á conocer mi fin....»
Esta exclamación, salida de lo más profundo de mi alma, balbutieron mis labios cuando pasó en mi mente el recuerdo de los conceptos antes citados.

Cuando me arrodillé, la capilla casi

impropio para asistir al santo Sacrificio, que me he acostumbrado á oír los domingos á las ocho en Catedral, y uno que otro día entre semana, á las nueve, allí mismo. Pero para asistir á este di-

permanecía oscura, y sin embargo, había luz en mis ojos, luz purísima que brotaba de mi alma. La palabra divina me había herido; pero sin causarme dolor, sino un sentimiento indefinible, que me hacía vivir en otra vida muy distinta de la que hasta entonces me había divertido; de esta efímera vida mundanal, donde no puede estar el fin último del alma inmortal....

¿Medité? Yo no sabré decirte qué me pasó. El Padre Director, después de media hora, dió las gracias al Señor en nombre de todas, por el tiempo que nos había concedido para meditar, y pidió perdón por las faltas cometidas ante la presencia de Dios. Ya la luz del nuevo día penetraba por las celosías de las ventanas de la capilla. Pensé en mi pueblo, en mis padres, en ti y en todos los que estaban lejos de mí, y lancé un suspiro.

Ciertamente me sentía cambiada, pero no rendida todavía. Joven aún, me

que me dominaba el amor propio y permanecía callada. Al arrodillarse el Padre Director, que cantaba las estrofas con dos de las ejercitantes, percibí ésta, que me estremeció: «*Vengo á tus plan-*

¿Recuerdas qué mal me ha probado siempre estar de rodillas? Pues admírate: ese día, si no termina la Misa, no me acordaré de que había permanecido.

dije, no es tiempo de que yo me doblegue ante estos pensamientos, que acabarán por hacerme insociable. Para ejecutar las obras de piedad que debo practicar como cristiana, pondré atención, y con esto me será suficiente para considerar que todas mis obras se han de dirigir á buscar mi único fin, que es Dios.

Con estos y otros argumentos me persuadí de que mi permanencia allí era inútil y que debía salir; pero instintivamente mis ojos se encontraban con los de la adorable imagen de Jesús, y su mirada volvía á dominar los impulsos de mi voluble pensamiento.

A las seis y media de la mañana debía comenzar la Misa; la señorita campanera la anunció con el timbre. Entonces me miré y me encontré con traje impropio para asistir al santo Sacrificio, que me he acostumbrado á oír los domingos á las ocho en Catedral, y uno que otro día entre semana, á las nueve, allí mismo. Pero para asistir á este di-

permanecía oscura, y sin embargo, había luz en mis ojos, luz purísima que brotaba de mi alma. La palabra divina me había herido; pero sin causarme do-

vino acto he pasado una hora en el tocador, no sin consultar un día antes al periódico de modas, para imponerme bien del traje de iglesia de última moda en Europa. De manera que al verme con una sencilla bata, un chal de invierno, y casi á medio peinar, me parecía que iba á cometer una falta muy grave contra las reglas de urbanidad.

Me consolé, sin embargo, cuando ví que cuatro ó cinco señoritas de muy simpática figura y de muy agradable presencia, estaban cerca de mí vestidas con más sencillez que yo.

Para que tuviera lugar la Misa, el sacristán abrió dos de las ventanas por donde penetrara más luz al presbiterio, quedando siempre velado todo lo exterior por cristales opacos.

Empezó la Misa y yo me preparé á oirla con una preparación extraordinaria en mí. Te confieso que por primera vez me llamaron la atención las vestiduras sagradas del Sacerdote que, como

¡Recuerdas qué mal me ha probado siempre estar de rodillas? Pues admírate: ese día, si no termina la Misa, no me acordaba de que había permanecido

recordarás bien, aprendimos su significado en el colegio, pero, dígolo por mí, maquinalmente, como mucho de lo que aprenden los muchachos.

El silencio, el recogimiento, la tibia luz y la misma solemnidad del augusto acto que tan de cerca contemplaba, cautivaron mis potencias y sentidos, y poco á poco todo mi ser fué perteneciendo á tan hermosa obra del Altísimo.... ¡Por primera vez en mi vida oía una Misa como debe oirse....!

No te admire que te diga que esta Misa es la primera que con toda atención oigo en mi vida; pues seguro que me recordarás la Misa que oimos juntas tú y yo el día de nuestra primera Comunión. Ciertamente, fué grandioso, conmovedor, y revestido de una solemnidad tal, que no es fácil olvidar ese acto; pero estábamos muy niñas y no pudo entonces obrar la reflexión como hoy ha obrado en mí.

Abrí mi devocionario para seguir en

permanecía oscura, y sin embargo, había luz en mis ojos, luz purísima que brotaba de mi alma. La palabra divina me había herido; pero sin causarme do-

todo al Sacerdote celebrante; pero si bien es cierto que pocas veces he leído en mi libro de iglesia con esmerada atención, en esta Misa casi me estorbaba. Mi corazón, herido por la palabra divina, no buscaba más que la satisfacción de sus deseos propios, que no podía manifestar con palabras ajenas, por más bellas que fueran. Mi pensamiento dominante era pedirle á Dios que me concediera conocer mi fin; y vagando mi imaginación en un edén de dulcísima esperanza, de cuando en cuando, entre suspiros entrecortados, balbutía la jaculatoria cada vez con más ardor. Cuando el ayudante agitó la campanilla anunciando el *Sanctus*, me estremecí, pues sin perder de vista al Sacerdote que rezaba la santa Misa, yo me había transportado lejos, muy lejos de este valle de miserias....

En la consagración y en la elevación me sentí tan feliz, que en vano me esforzaría por expresarte mi dicha....

¿Recuerdas qué mal me ha probado siempre estar de rodillas? Pues admírate: ese día, si no termina la Misa, no me doy cuenta de que había permanecido hincada como una hora.

Con esto vas á creer, querida mía, qué yo estoy convertida en una Teresa de Jesús. Nada de eso: salimos de la capilla, y en el refectorio, á la hora del desayuno, mi idea de salir de allí fué aún más vehemente, y sólo esperaba que nos levantáramos de la mesa para decir al Director: «Me voy, señor, esto no es para mí.»

Salí del refectorio, me encontré al Padre Director, quien comprendiendo que yo deseaba hablarle, me dijo: «Si vd. necesita algo, señorita, diga vd.; ¿pasó vd. bien la noche?» Respondí algo; pero no me atreví á manifestarle mi resolución.

Después del desayuno seguía una media hora de descanso, que cada quien nos dispusimos á pasarla como mejor

me cautivaron desde el momento en que le ví adorar al Augusto Sacramento del Altar con una devoción edificante. Tan apreciable Sacerdote iba á hablarnos, y todo su continente revelaba

nos convino. El sol estaba dando de lleno en la parte del edificio que ve al Oriente; yo sentía un poco el frío y me quedé recargada de codos sobre la misma baranda que me había servido de apoyo la noche anterior, recibiendo los tibios rayos del sol que empezaban á bañar la parte Sur del edificio.

La bóveda azul del firmamento; la cadena de montañas también azules; los árboles que empezaban á cubrirse de hojas; el clarín que en esos momentos sonaba en los cuarteles, y las campanas que llamaban á la Misa á los fieles; las avejillas que pasaban surcando el espacio, las ejercitantes que subían y bajaban, ó se paseaban por los corredores, me producían un efecto raro y como que me aprisionaban en aquella misteriosa casa. Si en aquellos momentos alguien me hubiera preguntado por mis gratas emociones anteriores, me hubiera sucedido lo que al Apóstol Pedro: hubiera negado.

do lejos, muy lejos de este valle de miserias....

En la consagración y en la elevación me sentí tan feliz, que en vano me esforzaría por expresarte mi dicha....

El gran Apóstol, que se calentaba como yo, había presenciado la transfiguración del Señor en el Tabor, había sido testigo de sus milagros y había blandido la espada para defenderlo de sus enemigos, y, sin embargo, la pregunta de una mujer cualquiera lo hizo titubear y negó al Divino Maestro.... Yo hubiera negado como él; pero como él sentí el llamamiento nuevo de la divina gracia, no ya por el gallo que cantara dos veces, sino mediante el sonoro timbre que llamó de nuevo á la distribución siguiente.

Obedecí como una chiquilla y penetré entre las primeras ejercitantes al templo; y después de tomar agua bendita, diciendo: «Señor, dame á conocer mi fin,» me dirigí á mi asiento, que no cambié durante todo el tiempo de los Ejercicios.

Recé la Visita al Santísimo y la primera parte del Rosario, con devoción, y oí la lectura espiritual, que mucho me agradó, también devotamente.

me cautivaron desde el momento en que le ví adorar al Augusto Sacramento del Altar con una devoción edificante. Tan apreciable Sacerdote iba á hablarnos, y todo su continente revelaba

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que trae en este segundo punto el libro de oro de los Ejercicios de San Ignacio, llevaron á mi corazón un verdadero tesoro de aplicaciones y pensamientos bellos. Temo profanar esos sagrados momentos si intento describirlos.

Salí de la capilla resuelta á pasar el día allí, pues el asunto me interesaba, y un día de Retiro me podría servir de mucho.

La resistencia que opone la soberbia al espíritu del bien, es poderosísima; y si no sobreabundara la gracia donde abunda el delito, como me han dicho que dijo no recuerdo qué santo, no habría almas puras en el mundo en quienes se recreara Dios.

La soberbia me inclinaba á convencirme de que aquellas horas de reflexión me eran más que suficientes para mi edad y modo de ser religioso y social.

do lejos, muy lejos de este valle de miserias....

En la consagración y en la elevación me sentí tan feliz, que en vano me esforzaría por expresarte mi dicha....



III

De diez á once tuvimos descanso, y para ver qué seguía á las once, me dirigí al directorio, que estaba grabado en la puerta principal de entrada á la capilla, y leí: «De once á doce Plática doctrinal, lección historial y examen particular.»

Este anuncio me hizo entrar en curiosidad y esperé las once casi con inquietud.

A las once en punto todas las ejercitantes nos encontrábamos en nuestros respectivos asientos dentro de la capilla, cuando penetró por en medio de nosotras, hasta llegar al presbiterio, un venerable Sacerdote, mucho más conocido para mí que el Padre Director. Su despejada frente, su mirada tranquila y dulce, su rostro afable y halagüeño, me cautivaron desde el momento en que le ví adorar al Augusto Sacramento del Altar con una devoción edificante. Tan apreciable Sacerdote iba á hablarnos, y todo su continente revelaba

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que trae en este segundo punto el libro de

su profunda humildad. Me dispuse á oírle con la mayor atención.

«No iba á predicarnos, dijo, sino sólo á cumplir con un encargo que le había hecho su compañero el Director de aquel Retiro, que consistía en dirigirnos una serie de Pláticas doctrinales, siendo la primera aquella.» La entonación de su voz era la suficiente para ser oído en toda la capilla. Es de fácil palabra y pudo ser entendido en todo su discurso. Nos habló familiarmente de la necesidad que teníamos de no resistir al llamamiento divino y de cómo nos debíamos disponer para que la palabra divina produjera sus efectos en nuestros corazones durante aquel Retiro.

No es posible, querida mía, trasladar á una simple carta todo el conjunto de bellos y tiernos sentimientos de cada una de las Pláticas que, durante ocho días, oí á este virtuoso Sacerdote. Me concreto sólo á decirte que me edificó con su palabra y con su ejemplo. Lle-



va pintada en su agradable semblante la paz de que goza su alma, y la pureza de sus costumbres. ¡Cuánto le he agradecido y le agradezco el bien que me hizo!

Un poco antes de las once y media terminó su Plática, dando así tiempo á que el Padre Director continuara la distribución de aquella hora. Seguía la lección historial.

El Padre Director, después de persignarse, comenzó á leer una historia que enarraba una vida, una vida que presentaba á una Santa, á una Santa que me tiene enamorada, que me cautivó por completo y á quien me encomendaré mientras Dios me dé vida.

¿Has oído hablar de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal? Seguro que no; y si oíste sería como yo había oído, allá cuando mi tía M., á fuerza de regaños, nos hacía leer uno que otro domingo las vidas de los Santos. ¿Recuerdas? ¡Qué tontas hemos sido,

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que

querida mía! De cuántos medios nos valíamos para evitarnos las lecturas piadosas. En cambio, de cuántos ardides usamos para leer ese montón de novelas nauseabundas que hoy detesto y quiero y pido á Dios que detestes tú también.

No intento contarte en mis cartas la vida de esta insigne Santa; pero sí te recomiendo que te hagas de ella y la leas, pues encierra enseñanzas para toda clase de mujeres, así jóvenes como ancianas, casadas y viudas.

En mi carta siguiente te diré algo más de lo que gocé con esta lectura hermosísima.

Siento concluir aquí mi segunda carta, pero este correo no sabe esperar y tú sí esperarás con paciencia mis siguientes cartas.

Tu amiga

ELVIRA.



III

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

CE he prometido ocuparme un poco más de la admirable Juana Francisca Fremiot de Chantal; y como en el curso de mi narración me tengo que encontrar con su recuerdo á cada paso, voy á hacer por condensar (permítaseme la frase) mis recuerdos é impresiones durante los días de Retiro, relativos á las dulces horas que gocé oyendo leer tan interesante como hermosa vida, y emplearé en esta mi carta todas mis fuerzas para hacer apreciaciones y comentarios, seguro que muy pálidos, pero sí bien intenciona-

4

do, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-